

JOSE LUIS VILA JATO. IN MEMORIAN.

Excmo. Sr. Presidente de la Academia de Farmacia de Galicia
Excmos. Sres. Académicos.
Ilmas. Autoridades.
Querida Hortensia y familia.
Sras. y Sres.

Agradezco mucho la confianza que la Junta de Gobierno ha depositado en mi persona para participar en este acto y poder representar, no sólo a la Academia, sino también a los compañeros del Prof. Vila Jato, sin que para ello pueda aportar ningún mérito más que el de haber sido su amigo durante muchos años, mérito que, por otra parte, también es compartido con otras personas aquí presentes. Es una tarea dolorosa porque se trata de la despedida a un amigo, al que no volveremos a tener la oportunidad de compartir con él nuestras vivencias. Pero por otra parte, siendo positivos y mirando al futuro, resulta gratificante disponer de la oportunidad y la satisfacción de ofrecer un homenaje póstumo a una persona que tanto lo ha merecido.

Se dice muchas veces que la Historia se construye sobre la base de pequeñas aportaciones de personas anónimas. Esto es cierto, pero también no hay que olvidar que en la mayoría de los casos la Historia se hace a partir de iniciativas protagonizadas por personas con nombre y apellidos propios, como es el caso de José Vila. Y la Historia necesita ser transmitida a quienes nos sucedan. De ahí el objetivo de este acto que hoy protagonizamos, que hace

eco de una persona, de sus actuaciones y de los lugares que escenificaron su labor desarrollada a lo largo de casi cincuenta años como profesor en la Facultad de Farmacia y de treinta y cuatro como Farmacéutico de Hospital. La triple condición de docente, investigador y farmacéutico de Hospital le permitió poseer una visión mucho más amplia del medicamento de la que podría tener cualquier otro dedicado exclusivamente a cada una de estas tres facetas profesionales. Y es por ello por lo que cuando el Prof. Vila asume la dirección del Departamento de Farmacia Galénica y la de Jefe Servicio del Hospital General de Galicia se consolida la expansión de la escuela de galénicos de Santiago de Compostela, iniciada por el Prof. Cadórniga, hasta convertirse en lo que es actualmente: un grupo de reconocido prestigio internacional.

Todavía recuerdo con nostalgia sus primeros pasos como docente e investigador en el viejo edificio de Fonseca, de gratos recuerdos para los que allí estudiamos e iniciamos nuestra carrera docente, en una época de escasos recursos de toda índole y de instalaciones que pretendían ser laboratorios de investigación, pero que se parecían más a la maltrecha cocina de la venta del Quijote, en la que se cuece el bálsamo de Fierabrás, que a un lugar de investigación. Pese a todo, es en Fonseca en donde se formaron muchos de los profesores que actualmente imparten docencia en diversas Facultades españolas y en donde se crearon importantes grupos de investigación. Es ahí en donde a partir del

año 1960 se inicia la evolución de la Farmacia Galénica en España, concebida hasta entonces como una disciplina dedicada al arte de preparar las llamadas “formas galénicas” del medicamento, en homenaje a Galeno, para derivar hacia una nueva concepción, que supuso la introducción de materias tales como la Biofarmacia y la Farmacocinética, basadas en la aplicación de principios físicoquímicos al conocimiento del comportamiento del medicamento en un medio biológico, como es el cuerpo humano. Y todo ello se debe en gran medida al impulso del Prof. Vila.

Pero no me corresponde a mí hablar en este acto de sus méritos docentes e investigadores, puesto que los compañeros que van a intervenir a continuación lo harán con más conocimiento de causa y con más datos objetivos que los míos, evitando con ello que mis justificadas alabanzas a su meritoria labor pudiesen ser interpretadas como exageradas, derivadas de nuestra relación de amistad.

Hablaré, pues, de esta amistad que hemos mantenido a lo largo de cincuenta años de convivencia en la Facultad. Para mí, Vila fue como el hermano mayor y el espejo donde mirarme, puesto que nuestra trayectoria en la Universidad de Santiago corrió paralela a lo largo de los años: cursamos la carrera con un año de diferencia y cuando terminamos los estudios entramos en la Facultad de Farmacia como Profesores Adjuntos interinos, él en el Laboratorio de Farmacia Galénica en el año 1960, “fichado”

por el Prof. Cadórniga a la vista de su excelente “curriculum” académico, y yo en el de Físicoquímica, al año siguiente, a instancias también del Prof. Cadórniga, a quien el entonces encargado de la Cátedra de Físicoquímica, el Prof. D. Serafín García, le había pedido información y consejo para la incorporación a esta Cátedra de un recién licenciado; ese fui yo.

Doctorado con Premio Extraordinario en 1963, Vila realizó en 1968 una estancia de investigación en París, en el Instituto Pasteur, bajo la dirección del Prof. Dervichian, a donde también me desplazé yo al año siguiente, ocupando el mismo Hotel, aunque para precisar habría que decir que no pasaba de ser una simple pensión, ya que la beca no daba para más. Estamos hablando de una época en la que nuestro sueldo mensual era de 1.500 pts, al que por cierto tuvimos que renunciar para poder percibir la beca del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, que creo recordar no sobrepasaba los 150 francos mensuales (equivalentes a unas 3.000 pts de entonces). Comentaba Vila que el Prof. Dervichian le invitaba en ocasiones, junto con otros miembros del Departamento, a meriendas-cenas informales en el piso de su entonces joven compañera sentimental, geóloga, con quien convivía a veces, compartiendo sus relaciones con su esposa legal, evidentemente de mayor edad que la geóloga, y con la que Vila también cenaba - se trataba en este caso de una cena formal- cuando el Prof. Cadórniga o el Prof. D. Serafín García visitaban París, con gran “mosqueo” por parte de este último por

ser siempre invitado a casa de la anciana esposa y no al piso de la joven compañera de Dervichian, a la que D. Serafín tenía una enorme curiosidad por conocerla, hecho que nunca llegó a ocurrir.

Vila obtuvo por oposición la plaza de Profesor Agregado en el año 1973 y recuerdo que este acontecimiento tuvo lugar el mismo día en que más de mil profesores adjuntos de todo el país adquirimos la condición de numerarios en un acto solemne celebrado en el Teatro Real de Madrid. Tras el acto, presidido por el entonces Ministro de Educación D. José Luís Villar Palasí, varios compañeros (Calleja, Tamés, Florencio Moreno, Ramón Álvarez, yo, y no sé si alguno más) nos desplazamos hasta la Facultad de Farmacia en donde Vila y Hortensia se encontraban a la espera de la votación del Tribunal de la oposición para el nombramiento de Profesor Agregado de Farmacia Galénica de la USC. Con los nervios a flor de piel, saltamos de alegría cuando el nominado fue nuestro amigo Vila Jato.

Tras la marcha del Prof. Cadórniga a Madrid, José Vila obtuvo la plaza de Catedrático en 1976, y en este aspecto nuestra carrera docente continuó siguiendo una trayectoria paralela, puesto que mi condición de Catedrático también la obtuve como consecuencia del traslado de mi maestro, el Prof. Sanz Pedrero, a Madrid en 1980.

Vila formó parte de los “*siete magníficos*” (permítanme la petulancia de la expresión) fundadores de la Academia de

Farmacia de Galicia. Considero que ésta es una buena ocasión para recordarles: por orden de antigüedad, D. Benito Regueiro, Vila Jato, Miñones, Izco, Raviña, Díaz-Fierros y Calleja. La tarea no fue fácil; yo diría que más bien fue ardua, pero gracias a la tenacidad de nuestro primer presidente, el Prof. Izco, junto con la buena disposición de los presidentes de la Academia Nacional, D. Rafael Cadórniga y D. Juan Manuel Reol Tejada, se logró hacer realidad lo que en un principio era sólo una quimera.

En mi condición de académico numerario de la Real Academia Nacional de Farmacia, y como no podía ser de otro modo, voté la candidatura de Vila Jato para ocupar la medalla número 30 de esta Institución. Y lo hice, no sólo por amistad, sino fundamentalmente por la convicción de que era el más idóneo para este nombramiento. Los hechos me dieron la razón: Vila pronto ocupó la Presidencia de la sección tercera de la Academia, desde la que impulsó el ingreso en la misma de nuevos académicos del área de Tecnología Farmacéutica, como fueron Víctor Jiménez Torres y M^a José Alonso Fernández. De la incorporación de ésta a la Academia, Vila se sentía especialmente satisfecho y orgulloso, incluso más que de su propio nombramiento como académico, pues entendía que la grandeza de un maestro residía en la formación de excelentes discípulos, como es el caso de M^a José.

Una faceta de José Vila, desconocida para muchos, era su afición al deporte. Llegó a Santiago con la aureola de haber sido

campeón de 1000 metros lisos en los juegos escolares de 1953, pero no pudo continuar practicando el atletismo por no existir en la Universidad de Santiago pistas adecuadas en aquellos momentos. Con el paso del tiempo surgió su pasión por el tenis, contagiándome a mí de la misma. Durante muchos años, todos los sábados y domingos por la tarde nos enfrentábamos en las pistas del Aéreo Club en encuentros que también manteníamos algunos días de la semana a partir de las ocho de la tarde, con luz artificial y en muchas ocasiones con viento, frío, niebla, heladas o lluvia. Las inclemencias del tiempo no nos doblegaban. Los domingos, cuando regresábamos de Lavacolla, escuchábamos con expectación la retransmisión de los minutos finales de los partidos de fútbol de nuestro Dépor, y estallamos de alegría cuando se cantó su ascenso a primera división en 1991.

Éste era el auténtico José Vila en la intimidad. El que cuando se desposeía de su condición de catedrático o de jefe de servicio del Sergas se manifestaba como lo que realmente era con sus amigos: espontáneo, abierto, comunicador e, incluso diría, que dicharachero. Este Vila íntimo fue el que me acompañó en unos carnavales al salón de baile del Hotel Compostela en donde se celebraba un concurso de disfraces organizado por el Aéreo Club. Nuestro disfraz era original. Formábamos un matrimonio de ancianos en pijama y camisón, con patucos y gorro de dormir, metidos dentro de una cama adosada a nuestras espaldas, formada por un colchoneta de goma espuma, una almohada cosida a la

misma y una colcha delantera con una abertura lateral que nos permitía entrar y salir de la cama. Acostados en el centro del salón, Vila con gafas de présbita leía el periódico antes de dormir, y yo, que interpretaba el papel de su mujer, devoraba con fruición el “Hola”. Naturalmente, obtuvimos el primer premio.

Visto todo esto, cuesta asimilar la pérdida del amigo que se nos ha ido. Fue un gran luchador durante toda su vida; lo intentó también frente a ese “*perro rabioso*” que es el cáncer, que le llevó a la sepultura, y contra el que planteó fiera batalla durante los últimos años y cuyo sufrimiento supo soportar con toda entereza. Esta es la imagen que debemos recordar de él: la de su lucha en una sociedad mediática en la que sobran los protagonistas de la nada y en la que él era como una isla desprendida en un océano de vanidades y petulancias. Vila era una persona carente de vanidad y soberbia. Su modestia sólo estaba en consonancia con su talento e inteligencia, con su creatividad, capacidad de trabajo y perseverancia, cualidades que nunca pregonaba, ya que su sencillez se lo impedía.

Formó con Hortensia un matrimonio sólido, totalmente compenetrado, que tuvo su origen en el noviazgo que se produjo en el viaje fin de carrera, compartiendo con ella proyectos, ilusiones, sacrificios, alegrías, penas...; en una palabra, todo lo que son las vicisitudes de la vida. Cuando se jubiló, me dijo que no iba a solicitar el nombramiento de profesor emérito porque quería disponer de todo el tiempo para estar con su familia,

especialmente, con sus nietos, algo que no pudo completar ya que el destino le jugó una mala pasada. Se merece, y estoy seguro de ello, ser compensado con creces en la otra vida. Que así sea.

Muchas gracias.